

La verdad del asunto es que los gendarmes (también llamados pacos) a menudo hacen miserables las vidas de los prisioneros confiscando teléfonos celulares, obligándolos a hacer trabajo esclavo cargando basura, limpiando celdas y áreas exteriores, sirviéndoles comida, prestándoles sus televisores, alimentándolos, etc.

Ciertos aspectos de la vida en prisión eran cruciales para el bienestar mental de uno. No le tomó mucho tiempo a John darse cuenta de cuán importante era comunicarse con amigos y familiares afuera. Durante mucho tiempo, no tuvo acceso para hacer llamadas él mismo, pero se consoló con el hecho de que tenía diecisiete visitantes únicos, la mayoría de los cuales lo visitaron múltiples veces. Esos momentos eran su único contacto con su mundo, es decir, los cristianos, libertarios y otros con quienes conocía y disfrutaba conversar.

Su nueva familia de criminales simplemente no era lo mismo, aunque se encariñó con algunos de estos “amigos” de cierto tipo: Rubén 1 e Ismael 1 para jugar ajedrez, Manuel 1 y Waldo 1 (y probablemente Miami 1) por ser víctimas inocentes de malas políticas públicas como él mismo, Alexander 1 e Ismael 1 por su fe evangélica incipiente que practicaban con él los domingos. Muchos otros le hacían preguntas a John sobre la fe, pero no eran cristianos practicantes: Waldo 1, Che 1 (el argentino), Roberto 2 (calvo), Manuel 1, Miami 1 (Miguel 2), Raúl 2 (el más joven), y algunos otros en tránsito. En cierto sentido, John, quien fue pastor bautista durante tres años, estaba en un campo de misión, y también escribió (a mano) un libro basado en 1 Pedro 2:19-20 llamado *Sufriendo Injustamente: Encarcelamiento, Familias Destrozadas y Destrucción de Propiedades o Riqueza Afectando a Cristianos en Sociedades Democráticas Modernas*, destinado al mercado evangélico. Pero ninguna de esas actividades podía reemplazar la profunda soledad e incomodidad que frecuentemente lo atormentaba. Por lo tanto, los mensajes instantáneos del teléfono celular y las conversaciones ocasionales ayudaron mucho a aliviar estos males. Sin embargo, lo que estaba torcido no podía enderezarse completamente.

Sin embargo, su inquietud emocional aún se manifestaba por sus frecuentes lágrimas durante las visitas cada vez que su esposa aparecía solo durante los últimos veinte o cuarenta minutos de una visita programada de dos o tres horas. Le dolía tan profundamente que la mujer que amaba no llegara a tiempo, ni le importaba a ella que solo viera a su esposo una hora o menos a la semana. Ella llegaba tarde para todo en la vida. Él sabía que eso era así y, por lo tanto, entendía que su tardanza no solo estaba dirigida hacia él. Pero aún así dolía. Solo estaba contento de que ella regularmente le comprara dinero, ropa limpia y comida para que pudiera sobrevivir. Estaba agradecido ya que tantos reos no tenían visitantes en absoluto.

La esposa de John (Pamela Sepúlveda Mendoza) nunca se disculpaba. En cambio, siempre se justificaba a sí misma, pero al menos casi siempre venía. Se negaba a aprender a manejar y por lo tanto tomaba el autobús, que era un viaje de una hora y cuarenta minutos en cada dirección, una molestia total que soportaba. Todo ese esfuerzo para ver a su esposo por una hora como máximo a la semana. Otros reclusos comenzaron a notar a su esposa, supuestamente una cristiana practicante, con tan mal historial. Si otros que venían de visita le daban un aventón, también llegaban tarde, usualmente por culpa de ella. Otros reos sentían lástima por John, viéndolo sentarse solo durante la mayor parte de la visita mientras todos los demás estaban en su lugar designado en la habitación.

Eran lugares autodesignados, y una vez establecidos, permanecían así para siempre. Los visitantes siempre sabían exactamente adónde ir y cuándo llegaban. Las únicas variaciones significativas fueron impuestas externamente, como la pandemia de Covid-19 en 2020. Los pacos limitaron las visitas a un día a la semana pero las extendieron de dos a tres horas, también prohibiendo la entrada de visitantes mayores de sesenta y cinco años o menores de dos años, así como aquellas que estaban embarazadas. Tales reglas temporales dejaron a algunos reos sin visitantes en absoluto, y John se dio cuenta de que la situación del pobre machucado-sin-visitantes era severa. El dolor se instalaba después de solo unas pocas semanas de confinamiento.

John se dio cuenta temprano de que la comida de la prisión producía diarrea. Tal vez era el exceso de manteca echada en los barriles de comida que uno podía ver cubriendo platos y tazones una vez que el agua fría de lavado los tocaba. John sospechaba de químicos, gérmenes de las manos sin lavar de reos que la preparaban, o tal vez incluso inputs de saliva u orina podrían ser responsables. Una cosa estaba bastante clara: aquellos machucados que podían evitar o saltarse el rancho, los barriles de estufa de comida caliente que usualmente llegaban a las 11:00 a.m. y otra vez a las 2:00 p.m., lo harían. Esta comida constituía el suministro de alimentos tanto para el día como para la noche, después de su modesto (escaso) desayuno.